

Christian INGRAO: *Creer y destruir. Los intelectuales en la máquina de guerra de las SS*, Barcelona, Acantilado, 2017, traducción de José Ramón Monreal Salvador, 616 pp., ISBN: 978-84-16748-48-8

Javier Mateo Girón

Comprender la violencia del pasado a través de los que creyeron en ella y la pusieron en práctica.

Escribía Edward H. Carr en 1961 que «El estudio de la historia es un estudio de causas. [...] El gran historiador –acaso debería decir más ampliamente, el gran pensador– es el hombre que plantea la pregunta: ¿Por qué? acerca de cosas nuevas o en contextos nuevos».¹ Christian Ingrao (1970) es un historiador francés especializado en la historia del nazismo y en la historia cultural de la guerra que nos invita a comprender las causas del genocidio cometido por el III Reich, no desde la perspectiva de las víctimas, sino desde la perspectiva de los verdugos. Director de Investigación en el CNRS (Centro Nacional para la Investigación Científica francés) y ex-Director del IHTP (Instituto de Historia del Tiempo Presente, el principal laboratorio de historia contemporánea del CNRS), Ingrao nos propone una visión casi antropológica del nazismo y sus élites intelectuales para comprender cómo aquella “juventud alemana”,² marcada a hierro y fuego por la experiencia traumática de la Primera Guerra Mundial, acaba consintiendo y participando activamente en las peores transgresiones humanas: el asesinato en masa, la limpieza étnica y las ejecuciones rutinarias y a sangre fría de hombres, mujeres y niños.



¹ Edward H. CARR: *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Ariel, 1983, p. 117.

² Christian Ingrao dedica gran parte de esta obra a describir la infancia y la juventud de los hombres que, marcados por el trauma de la Primera Guerra Mundial, llegarían a construir y desarrollar su vida intelectual y profesional al servicio del III Reich.

Creer y destruir aporta, por ello, una mirada poco reconfortante; ya que el lector, sea académico o no, suele participar de la creencia bastante extendida según la cual el nazismo y sus crímenes han sido un paréntesis de barbarie e irracionalidad dentro de un camino de progreso en la historia contemporánea (europea y occidental). Y en todo caso, el accidente histórico es imputable casi en su totalidad a la naturaleza patológica de un individuo, Adolf Hitler. Pues bien, Ingrao nos propone que abandonemos estas ideas preconcebidas para analizar el nazismo como un «sistema de creencias»,³ un sistema de representaciones culturales profundamente modelado por las experiencias vitales y emocionales de la sociedad alemana y sus élites, con la Primera Guerra Mundial como catalizador. Este sistema de creencias, traducido en prácticas y discursos, permitió dar salida a una «angustia generacional» mediante un imaginario, una «utopía» nazi construida racionalmente e interiorizada durante décadas, abrazada, consentida y asumida por amplias capas de la población. Semejante utopía llevó a estos hombres «normales» a creer y destruir hasta las últimas consecuencias, incluso en la derrota.

Y el lector encontrará en esta obra un estudio basado en la vida de ochenta intelectuales alemanes, todos ellos con estudios superiores (licenciaturas y doctorados): economistas, juristas, historiadores, lingüistas, filósofos, geógrafos, etc. Todos ellos, marcados por el trauma de la Primera Guerra Mundial, fueron jóvenes militantes del movimiento *völkisch*. Construyeron su carrera profesional e intelectual en los órganos de investigación y represión del Estado nazi (SS, Gestapo, RSHA, etc.) hasta llegar a participar, convencidos de su misión y en primera línea, en las actividades genocidas de la Wehrmacht y los Einsatzgruppen en el Este (Polonia, Estados bálticos, Ucrania, Unión Soviética).

Así, tras una breve introducción en la que el autor nos muestra sus elecciones en las herramientas de análisis,⁴ esta obra arranca con un capítulo titulado *Una Juventud Alemana*. En él Ingrao nos lleva a la Alemania de la Primera Guerra Mundial y nos muestra la experiencia de la derrota, la muerte en el frente y en la retaguardia, el hambre y las privaciones, el aislamiento internacional, la trivialización de la violencia y el conflicto bélico en la vida cotidiana, la angustia ante lo que se creía que podría conducir “a la desaparición” de la nación alemana en el sentido más literal y biológico. Este conjunto de experiencias colectivas se enmarca en una visión, ya existente desde el siglo XIX y la unificación alemana, según la cual la nación estaría en un permanen-

³ Se trataría, así, de un sistema de creencias que fue interiorizado por toda una generación de intelectuales, precisamente por su capacidad de atracción utópica y seductora, a la par que tranquilizadora y apaciguadora de esa angustia generacional.

⁴ Christian Ingrao no escatima menciones a sus maestros, entre otros Stéphane Audoin-Rouzeau, la escuela francesa de la *Nouvelle Histoire*, la antropología histórica, los estudios sobre la historia cultural de la guerra, la historia cultural de la violencia religiosa y, finalmente, la historia de la Primera Guerra Mundial.

te estado de guerra defensiva ante un mundo de enemigos» exteriores e interiores. Un Reich asediado tanto por el Este (el Imperio Ruso) como por el Oeste (Francia, Bélgica), llevó a la creencia de que aquella era la madre de todas las guerras, la última de todas ellas. La derrota, las condiciones dictadas por los vencedores en Versalles y los turbulentos tiempos que sobrevinieron, con importantes zonas del Reich bajo ocupación extranjera (Sarre, Prusia), no hicieron más que acentuar esta vivencia traumática de lo que Ingrao denomina la «experiencia de guerra» de los niños y adolescentes que después pasarían a la edad adulta en la década de 1930.⁵ Todo ello se vivió de forma más intensa si cabe en la burguesía alemana.

A continuación, mediante el análisis de numerosas *Lebenslaufe* (hoja de vida o curriculum vitae de jóvenes diplomados o intelectuales que posteriormente entraron en las SS), Ingrao describe cómo estos jóvenes y adolescentes se comprometieron activamente en los grupos *völkisch*, mediante los cuales se fue tejiendo una vasta red de contactos e intereses que penetraron desde la lucha callejera hasta el asociacionismo universitario (un buen ejemplo fueron las *Turnerschaften*), los centros de investigación, la sociedad civil, las redes de solidaridad social, la magistratura, y los diferentes escalones de la administración de la República de Weimar. Todos estos movimientos confluyeron hacia un etnonacionalismo revolucionario elitista, biologicista, *nordicista* y profundamente antisemita,⁶ siendo especialmente activos en las zonas fronterizas con los territorios que se hallaban bajo ocupación extranjera.

Así, se forjó por toda la República de Weimar una generación de «intelectuales militantes» que entre 1919 y 1933 realizó un trabajo de fusión entre el conocimiento científico y académico, el saber humanístico, la militancia política y la construcción ideológica. Ingrao señala numerosas tesis doctorales y publicaciones de los ochenta sujetos estudiados, y aunque las conclusiones son más moderadas entre los juristas (muchas veces más técnicos y apolíticos), hubo entre ellos economistas, historiadores, geógrafos, filólogos, sociólogos, antropólogos y especialistas de las humanidades que construyeron lo que el autor denomina una «ciencia de legitimación» de la cosmovisión nacionalsocialista, una «ciencia de combate» nazi.⁷ Las carreras e itinerarios de vida de estos ochenta intelectuales permiten observar cómo tomaron parte en la construc-

⁵ La experiencia de la guerra en dos frentes, el aislamiento internacional, las privaciones alimentarias, las muertes de familiares en combate, los prejuicios xenófobos y antisemitas, etc., todo ello se proyectó inmediatamente tras el fin de la Primera Guerra Mundial en itinerarios de juventud marcados por la lucha armada en el Freikorps, el compromiso militante y la búsqueda de legitimación científica e intelectual.

⁶ En la primera parte del libro Ingrao analiza con detalle el desarrollo de las teorías raciológicas y racistas en la Alemania de los años 20.

⁷ Resulta importante para el autor el ejemplo de Hans F. K. Günther, antropólogo y teórico racial que con sus teorías sobre el determinismo racional y el *nordicismo* antisemita contribuyó en buena medida al imaginario biológico de los tecnócratas y cuadros superiores de las SS. Es decir, se trata de un racismo de formulación erudita pero que, aplicado en la práctica, lleva aparejada la correspondiente necesidad de eliminar a las razas consideradas inferiores.

ción y consolidación de los órganos estatales de lucha y control de este «mundo de enemigos» (el SD, la RSHA, la SIPO, etc.) Y fue sobre todo a partir de la invasión de Polonia (1939) y la Unión Soviética (1941) que asumieron su misión de evaluar, controlar y concretizar (casi desde una óptica colonial) el espacio vital alemán, integrados en la actividad operacional de los *Einsatzkommando*. De este modo llegaron a participar directamente de una violencia paroxística como la que se desplegó dentro de los territorios ocupados del Este, muy particularmente la dirigida contra los eslavos y los judíos.

Según el autor, se trata de comprender cómo estos ochenta hombres cultos, aparentemente normales, muchos de ellos padres de familia y adultos plenamente funcionales, se adhirieron a esta utopía nazi que consistía, por un lado, en la refundación sociobiológica de Alemania y los territorios orientales a los que legítimamente tendría derecho; y por el otro, en la gran «reparación» de las injusticias cometidas en el pasado contra las comunidades *Volksdeutsche* en estos territorios orientales.

En los capítulos finales del libro, el autor describe cómo la experiencia de estos hombres en el frente del Este acaba por confirmar en la práctica, en medio de la vivencia de la guerra y la supervivencia física, el sistema de creencias nazi que ayudaron a construir y que abrazaron e interiorizaron hasta las últimas consecuencias. De este modo, Christian Ingrao demuestra que estos hombres desarrollaron una pericia genocida, introduciendo elementos de economía psíquica para sobrellevar el impacto transgresor de las ejecuciones, aunque siempre desde una lógica productiva y de optimización logística: la elección de los lugares para la ejecución, el desarrollo de nuevas armas y herramientas (como los camiones de gas), la introducción de rituales codificados y militarizados para normalizar las ejecuciones, la involucración de milicias locales (por ejemplo los llamados «nacionalistas» ucranianos) como co-ejecutores, etc. El autor define la experiencia de estos intelectuales en el frente del Este (*Osteinsatz*) como un conjunto de vivencias sensoriales que había que gestionar y normalizar para limitar el impacto psicológico de esa transgresión genocida, creando una ficción según la cual el genocidio era parte necesaria de la guerra total; parte de esa lucha utópica de la Alemania nazi contra su «mundo de enemigos». No obstante, el autor describe también los numerosos casos en los que esta experiencia supuso un pesado peaje tanto físico como psíquico (alcoholismo, enfermedades psicosomáticas, trastornos de conducta violenta, disonancia cognitiva, etc.)

Finalmente, Christian Ingrao cierra esta obra exponiendo las diferentes actitudes que estos ochenta individuos tuvieron ante los reveses militares de los últimos años de la guerra, y finalmente ante la derrota y el colapso del III Reich. De nuevo, se subraya aquí cómo el sistema de creencias nazi, alimentado a la vez por la utopía y la angustia escatológica (ya que la existencia misma de Alemania estaría en entredicho), permitió mantener viva la llama de la guerra total, asumiendo la defensa del Reich

como un compromiso sin reservas, una «pulsión suicida». Ingrao ve aquí la explicación a la feroz resistencia mostrada por el ejército alemán en los últimos meses de la contienda, que continuó causando fuertes bajas a los Aliados, «aún dejándose hacer pica-dillo». La densidad del sistema de creencias nazi, y su interiorización entre muchos de los intelectuales que lo construyeron y lo llevaron a la práctica, se observa así en las diversas estrategias implementadas por los sujetos analizados en esta obra: desde la «resistencia en la clandestinidad», el suicidio heroico y el exilio militante, hasta las más comunes estrategias de negación, deresponsabilización y autojustificación que estos hombres desplegarían posteriormente ante los Tribunales aliados en Núremberg.⁸ Lo cierto es que la gran mayoría de estos ochenta intelectuales sobrevivieron a los eventos de 1945 y a su «segunda derrota en treinta años»: niños de la guerra convertidos en verdugos que, a pesar de todo, nunca llegarían a romper con el consentimiento que en su día dieron al nazismo. Algunos, como Reinhard Höhn, el adjunto de Reinhard Heydrich en el SD, incluso llegarían a tener éxito en la República Federal Alemana reciclados como empresarios de renombre e influyentes hombres de negocios.

Creer y destruir se cierra con un listado de todas las fuentes archivísticas y bibliográficas de las que se nutre esta obra, de naturaleza claramente prosopográfica, de una gran transversalidad metodológica y abiertamente deudora de los estudios culturales de la violencia, la *microhistoria* y esa corriente tan alemana de historia social preocupada por la vida cotidiana (la *Alltagsgeschichte*). El propio autor reconoce que se trata de un trabajo iniciático (se completó sobre la base de su tesis doctoral), que vendría a tener su continuación en el libro publicado en 2016, *La Promesse de l'Est. Espérance nazie et génocide (1939-1943)*, donde profundiza en las estructuras de colonización nazi y germanización en los territorios conquistados en el Este: una experiencia utópica y genocida que marcaría profundamente el devenir de Europa durante todo el siglo XX.

No en vano, Christian Ingrao refiere en *Creer y destruir* el impacto emocional e intelectual que tuvo para los historiadores de su generación el genocidio en la ex-Yugoslavia en los 90. ¿Cómo era posible, casi en pleno siglo XXI, un nuevo genocidio a dos horas de avión de París? El hilo conductor de la violencia genocida en los Balcanes nos lleva así hasta la historia de uno de los ochenta sujetos estudiados, Herman Behrends, jurista y doctor en Derecho, oficial de artillería que llegaría a ser el comandante de las SS en Yugoslavia durante la ocupación (1941-1944). Su conocimiento científico sobre las minorías étnicas presentes en los Balcanes fue directamente aplicado en la lucha “antipartisana” y “antijudía”, y prueba de ello fue la División Handschar de las SS, formada fundamentalmente con musulmanes, albanos-kosovares, croa-

⁸ Christian Ingrao se detiene particularmente en la historia y narrativas judiciales de Otto Ohlendorf, economista, jurista y abogado, que llegó a ser el comandante del Einsatzgruppe D y exhibió una de las más densas estrategias de autojustificación de todos los encausados en los juicios de Núremberg.

tas y minorías de origen germano (*Volksdeutsche*). ¿Pudo influir el grado de violencia y represión experimentado por estos otros «niños de la guerra» a la hora de dar forma a los acontecimientos de la década de 1990? Al fin y al cabo, esta es la misión que según Ingrao debe asumir todo historiador: comprender las relaciones entre el pasado, el presente y el futuro; comprender la violencia del pasado mediante los sistemas de creencias que la posibilitaron, que hicieron posible que hombres “normales” dieran su consentimiento, la normalizaran y la interiorizaran para llevarla a la práctica hasta sus últimas consecuencias. Este libro representa por eso mismo una visión innovadora pero incómoda sobre el nazismo, porque nos obliga a nosotros, como europeos, a mirarnos en el espejo.

Este paradigma aún bastante reciente en los estudios sobre los conflictos contemporáneos permite, además, analizar los hechos del presente lanzando una señal de alerta sobre aquellos que hoy pretenden reconstruir el pasado para negar la historia, y con ello obtener réditos de la angustia y el dolor. Aquellos que pretenden crear nuevas utopías escatológicas y excluyentes, nacionales y raciales, porque la adopción de tales imaginarios por parte de personas “normales” permite legitimar u olvidar la violencia del pasado y preparar el camino para justificar la violencia del futuro.